

**FUERA DE SU
ESCONDITE**

DAVID SANTOS SOLANO

FUERA

DE SU

ESCONDITE

© 2006 David Santos Solano

Para 'la señorita Manuela',

por meterme el gusanillo de la escritura..

Génesis. En el principio...

Tendida entre la maleza, exhausta, observa a la criatura que solloza entre sus brazos. De pronto comprende que la recién nacida, cubierta de pelo, cubierta de sangre, tiene nombre desde mucho antes de nacer. O quizás sería más apropiado decir lo contrario. Quizás tenga nombre desde mucho después de nacer.

* * * * *

Algo salió mal, muy mal. Todos los ensayos previos habían sido un éxito. Trescientos años después de que las teorías de Einstein hubieran puesto la primera piedra, el proyecto Wells, desarrollado en el más estricto secreto, había cumplido todas las expectativas y los viajes en el tiempo eran un hecho.

Eva Dawn había sido reclutada para dirigir el viaje inaugural tras el periodo de pruebas. En un primer momento acogió la noticia con escepticismo. ¿Viajes en el tiempo? Sin embargo, pronto pudo comprobar que no se trataba de delirios de científicos visionarios, sino de realidades. Y lo cierto es que, como paleontóloga, la propuesta era un sueño: un viaje al edén para ser testigo de los orígenes de la especie humana. Pero algo salió mal.

* * * * *

Cuando recuperó la conciencia le invadió el terror. Un grupo de ocho individuos, ocho primates, husmeaban con curiosidad y temor entre el amasijo de metal al que había quedado reducido el Wells I. Junto a ella yacía la doctora Kim Leung y, unos metros más allá, el cuerpo del tercer tripulante, el comandante Raymond Julien, descansaba sobre un charco de sangre.

Inclinó su cuerpo hacia el de Kim, sus ojos permanecían abiertos, su mano helada. Estaba sola. Sola. ¿Sola? Ocho pares de ojos la observaban.

* * * * *

Eva había perdido toda esperanza. Más de dos meses atrapada en aquel mundo. ¿Por qué nadie había acudido en su búsqueda? Algo había ido mal. Algo había ido mucho peor de lo que pareció en principio. ¿Qué había sido del Wells II, del Wells III? Algo había ido terriblemente mal y Eva ya había perdido toda esperanza.

* * * * *

Los primeros días sólo se dedicaron a observarla, a observarse mutuamente. Sin duda aquel era un grupo de homínidos, pero no podía ser el que habían venido a estudiar. Aquel grupo no había alcanzado aún el estadio evolutivo esperado, no había nada remotamente ‘humano’ en ellos. Posiblemente hubiera otros grupos más evolucionados. Tenía que haberlos. Ella misma había estudiado sus fósiles.

Los primeros días sólo la observaban. Después todo cambió. Después todo fue horrible. Y dos meses más tarde, Eva lo sabía. Sabía que aquel horror, aquella vejación, aquel acto violento y bestial... Eva lo sabía. Y su cuerpo corroboraba su teoría.

* * * * *

Tendida entre la maleza, exhausta, observa a la criatura que solloza entre sus brazos. De pronto comprende que la recién nacida, cubierta de pelo, cubierta de sangre, tiene nombre desde mucho antes de nacer. O quizás sería más apropiado decir lo contrario. Quizás tenga nombre desde mucho después de nacer.

‘Lucy’, musita besando la cabeza de la niña, ‘mi Lucy’.

Calvario

Despertó gritando, aterrado. Examinó su frente, sus manos. Todo había sido un horrible sueño.

Un pequeño punto luminoso apareció en el techo de la estancia. De pronto, el diminuto brillo se convirtió en una poderosa luz que devoró la oscuridad cegándole.

Se sintió izado de repente. Volvió el dolor, despertó. El sol hería sus ojos. Las lágrimas se abrieron paso a través de la sangre reseca.

‘Eli, Eli, metul mah shevaktani?’

Hormigas

Se veían casi todos los días. Cuatro estaciones
juntoseparados. Unos pocos minutos de miradas furtivas.
Después, perderse cada uno en diferente dirección del
hormiguero.

Un día él dejó de subir al vagón. Y tras unos pocos
días ella se dio cuenta: le amaba.

Pasados unos meses él volvió a subir al vagón. Y al
volverla a ver se dio cuenta: la amaba.

Siguieron desde entonces viéndose casi todos los
días. Cuatro estaciones juntoseparados. Unos pocos
minutos de miradas furtivas. Después, perderse cada uno
en diferente dirección del hormiguero.

Un susurro

Te quiero, nene. Ven conmigo.

El susurro junto a su oído le sacó del sueño. Aún se encontraba en ese espacio indefinido que va del sueño a la vigilia cuando, con los labios pegados a la almohada, masculló ‘¿Marta?’. Al instante un escalofrío le recorrió el espinazo despertándole definitivamente. Se echó a llorar.

El sol comenzaba a colarse a través de los agujeritos de la persiana. Abrió los ojos. Miles, millones tal vez, de partículas de polvo flotaban en la habitación. Parecían estrellas a través de las lágrimas.

Era su voz. Qué extrañas jugarretas puede hacernos la mente. La voz de ella. Se giró hacia la mesilla y miró su foto. La voz de Marta. El nudo de su estómago se apretó aún más.

Estaba guapísima. Había tomado la foto durante aquel precioso viaje por Italia. Cinco semanas antes del accidente. Hacía ya once meses. El accidente. El puto accidente.

Tardó meses en dejarse convencer. Aún hoy, esta mañana, sigue teniendo la sensación de haberla matado. Le podría haber pasado a cualquiera. Pero le pasó a él. Pero le pasó a ella. Fue él quien disparó. Ella quien gritó herida. Y fueron sus ojos los que, ahogados, le pidieron una ayuda que él no supo ofrecer. Le podría haber pasado a cualquiera, le decían. Qué fácil era hablar.

Alcanzó el paquete de tabaco que se ocultaba tras la fotografía, en la mesilla. Encendió un cigarrillo, lanzó una bocanada de humo hacia el techo, secó de sus ojos las lágrimas con el antebrazo. Era su voz. Exactamente como la recordaba. Exactamente como la sentía en el pe-

cho. Como la sentía en las tripas. Era su voz. Qué extrañas jugarretas puede hacernos la mente.

Lo primero que pensó hacer tras el entierro fue vengarse. De sí mismo. No tuvo valor. Se vengó de la escopeta. Aquella vieja escopeta de su padre que sólo había disparado una vez. Una maldita vez. La destrozó. Y la enterró junto a aquel árbol. Aquel árbol junto al que perdió su vida entera.

Decidió levantarse. Rodó sobre el colchón para salir de la cama por el otro lado y su espalda se encontró con algo duro y frío. Extrañado levantó las sábanas. Se quedó inmóvil, petrificado. Su voz. Otra vez escuchó el susurro junto a su nuca, mientras sus ojos permanecían clavados sobre el colchón, sobre aquella vieja escopeta. *Te quiero, nene. Ven conmigo*.

Fuera de su escondite

Contemplaba el papel, cuadriculado y vacío. Como el escultor contempla un pedazo de roca mientras maquina cómo liberar la forma que yace atrapada en su interior.

Pasaba el tiempo, lentamente. Y en un instante las vio aparecer, tímidas. Letras que salían de su escondite bajo la celulosa. Y comenzó a escribir:

Contemplaba el papel, cuadriculado y vacío. Como el escultor contempla un pedazo de roca mientras maquina cómo liberar la forma que yace atrapada en su interior.

Pasaba el tiempo, lentamente. Y en un instante las vio aparecer, tímidas. Letras que salían de su escondite bajo la celulosa. Y comenzó a...

El pensamiento

Al abrirse la puerta le esperaban esos otros ojos azules. Y aquella sonrisa rubia que derretía lo que tocaba. Tomándola en brazos la besó. ‘¿Me das un muá?’ ‘Muá’, dijo ella posando los labios sobre su barba, ‘pincha’.

La dejó de nuevo en el suelo y la siguió hacia el salón de la casa. Allí miró cómo su padre le daba (o le forzaba) la merienda. ‘Si no comes tenemos que quitar a Manuelita’. ‘No, no, no’. Al final se avino a comer. En la tele, Manuelita y Bartolito se enamoraban. Así de fácil, se veían y se amaban. ¡Los dos! ‘Joder con las tortugas’, pensó.

Aceleró haciendo rugir el motor de su Honda. Salía desde la última línea de parrilla pero, en un alarde de habilidad inusitada, consiguió colocarse en tercer lugar a falta de una vuelta y media para el final de la carrera. ‘¡Ya los tengo! ¡Ya los tengo! ¡Ya verás que lijá!’

Desde abajo, aprovechando el factor sorpresa y la apertura bucal al pronunciar la A de lijá, un trozo de queso se abrió camino hacia su garganta. Apartó la vista del circuito y se encontró con la rubita de ojos azules y aquella sonrisa de bola extra. Ahí acabó todo. La moto se estampó contra un muro de hormigón y el piloto infográfico, salvo milagro cibernético, probablemente duerme el sueño de los justos en un cielo pixelado.

Al rato empezó a llegar gente. Gente con niños y niñas, todos con la capacidad del habla aún en desarrollo. A partir de ese momento sus recuerdos son vagos, flashes aislados: una casa minúscula con tejado abatible, bolas de colores, un martillo de peluche... Y de cuando en cuando, un chillido estridente que, contra todo pronóstico, no rompe en pedazos todos los cristales en un radio de cincuenta metros.

Por la noche, al acostarse, pensó en que no había pensado en lo mismo de siempre en toda la tarde. Había tenido otros pensamientos que no eran ‘el pensamiento’. Y al despertar se dio cuenta de que ‘el pensamiento’ era cada vez, poco a poco, más anecdótico. Cada día le dedicaba un poco menos de tiempo. Y se sintió bien, recordando aquel tango: *Primero hay que saber sufrir, después amar, después partir, y al fin andar sin pensamiento...*

Sí, se siente bien.

La espera

Arrodillada sobre el suelo de tarima, la niña jugaba con su muñeca de trapo, su muñeca preferida. La mecía entre sus brazos al tiempo que canturreaba una antigua canción de cuna. ‘Enseguida volvemos’, había dicho mamá.

Pero, ¿cuánto tiempo había pasado? Miró a su alrededor. En aquel desván había cientos de relojes. Los había grandes con un largo péndulo dorado, pequeños con un gran timbre, relojes de pared, relojes de pie, incluso un viejo reloj de arena.

Sin embargo, todos estaban parados. Sus manecillas cubiertas de orín, envueltos en espesas telarañas, la arena que una vez marcó el paso de las horas ocupaba ahora el raído parqué escapando a través del vidrio quebrado.

La pequeña se levantó en silencio y bajó las largas y polvorientas escaleras que conducían a la planta inferior. Al entrar al dormitorio de sus padres la niña se sintió súbitamente agotada y sus brazos no pudieron sostener la muñeca que, pesadamente, cayó al suelo levantando una blanca nube de polvo.

Girando en el centro de la alcoba contempló las amarillentas cortinas que cubrían cansadamente los sucios cristales del ventanal; contempló el desvencijado armario en el que una puerta precariamente asida a los oxidados goznes permitía ver los ajados vestidos que tantas veces luciera mamá; y vio, frente a ella, a una extraña anciana que, con una muñeca a los pies, la escrutaba con su mirada.

Movió sus labios para hablarla pero las palabras se helaron en su garganta al reconocer su vestido, su diade-

ma, sus ojos... en el espejo de mamá.

Indultado

Parecía un sueño. Sentado en la mecedora, frente a aquel hermoso lago, tan sólo un par de días después.

Desde el embarcadero, Judy y Malcolm le saludaron agitando la mano. La vida en ocasiones concede segundas oportunidades.

Una nueva oportunidad para envejecer con Judy, para ver crecer a Malcolm.

El indulto había llegado en el último instante. Ya no lo esperaba. Para él había mañana. Sólo mañana, ni un día más. Se acurrucó en el camastro de su celda y lloró toda la noche. Su última noche. Pero en el último instante ocurrió un milagro.

Miró al cielo azul intenso. Cerró los ojos meciéndose. La brisa entre los pinos. Una cigarra. Las risas de Malcolm nadando junto al embarcadero. Parecía un sueño.

Al despertar no había brisa. Ni cigarra. Ni mecedora. Ni Malcolm nadando en el lago. Sólo un alguacil ajustando las correas que le ataban a una silla de metal. Mañana era hoy y ya no había mañana. Una lágrima descendió hasta la comisura de sus labios y allí se evaporó un segundo después.

El Artillero de Meco

Amancio Donoso empezó a boxear siendo un niño. Desde muy pequeño se le veían maneras y con el paso de los años llegó a convertirse en una gran promesa de los cuadriláteros.

Hoy es un gran día. Hoy, Amancio, el Artillero de Meco, debuta en el profesionalismo. Todos confían en que el chico confirmará las expectativas que su talento ha creado. Amancio espera en su esquina, plenamente concentrado. Ha visualizado una y otra vez el combate. Está preparado. Conoce a su adversario, sus virtudes y defectos. Nada puede fallar.

Suena la campana. Amancio se dirige al encuentro de su rival. Firme. Confiado. Seguro de su triunfo.

Primero llega el amago de crochet. Después la acción evasiva esquivando un directo de izquierda y, desde esa posición agachada, un uppercut demoledor que impacta en el mentón con violencia. Finalmente, un duro crochet en la mejilla basta para terminar el combate. Han sido ocho segundos. Victoria por K.O. Amancio yace en la lona.

Pronto habrá otros combates. En algunos combates menores el Artillero de Meco reverdecerá laureles. Sin embargo, su mentón ha demostrado fragilidad. Y en los momentos de máxima exigencia Amancio desaparece. ‘Es sólo un tropezón, coño. Ahora te toca levantarte y demostrar lo grande que eres’, le dice su entrenador tras la ducha. Amancio sabe que miente. Pero sólo le queda seguir, combate tras combate, derrota tras derrota. Un día Amancio recordará lo que pudo haber sido y pedirá otro güisqui.

JC

Cayó la noche.

JC liberó sus manos y sus pies. Milagrosamente sus heridas dejaron de sangrar, se cerraron. Se deslizó hasta la tierra polvorienta. Sonriendo, con un brillo oscuro en los ojos, miró a izquierda y derecha.

Los gritos aterrados de dos ladrones resonaron durante horas en la noche.

El amanecer y la muchedumbre encontraron a JC crucificado. La víctima que sufría para redimirnos estuvo a punto de esbozar una sonrisa. Pero casi nadie lo apreció.

Hoy todavía es venerado.

Perdedor vocacional

Estaba arruinado.

Había perdido una vez más. Caminando bajo la lluvia se preguntaba por qué. Por qué se empeñaba en jugar al póquer, que tan mal se le daba.

Y esta vez... esta vez sí estaba convencido. Creía llevar una buena mano. Una magnífica mano. Pero había vuelto a perder. Disfrutó mucho la partida, el juego. Eso sí. Sin duda, la mejor partida de su vida.

Pero ahora estaba arruinado.

Metió los puños apretados en los bolsillos de la chaqueta y comprobó que algo había en el izquierdo.

Sacó el contenido del bolsillo: una moneda y un as de corazones. Desahuciado como estaba, pensó que tal vez con eso podría empezar de nuevo. Y quizás era cierto, quizás podría empezar de nuevo.

Al fin y al cabo le gustaba mucho el póquer. Sobre todo cuando llevas una magnífica mano.

La banda de Möbius

Se sumergió pausadamente en la bañera y cerró los ojos. La sensación era ciertamente agradable, el agua caliente le envolvía y se sintió seguro y, de algún modo, feliz. Pero la decisión ya estaba tomada y sabía que echarse atrás sería un grave error.

Miedo, tristeza, duda, vergüenza, descanso. Todo en el lapso de sacudimiento que separó la entrada del secador de pelo en el agua y su muerte. Luego paz. Y una luz blanca, una luz blanca al final de un túnel. Por un momento pensó que se había dormido, aquello no podía ser tan absurdamente cinematográfico.

Al principio todo sucedía como a cámara lenta, muy poco a poco el punto de luz iba creciendo. Muy poco a poco. Poco a poco. Cada vez más rápido. De pronto se sintió catapultado, desintegrado contra aquel blanco absoluto. Durante un instante se sintió enorme, infinito.

Era infinito. Al siguiente flotaba de nuevo en agua tibia y se sintió seguro y feliz.

Algo ocurría. Confusión. Dolor. Frío. Miedo. Luz. Luz. Luz. Apoyó la cabeza agotado mientras ella le abrazaba. Abrió los ojos. No lo podía creer, su madre le sonreía, tan joven. Rompió a llorar, aterrado. Por segunda primera vez mamá le dio el pecho. Con cada traguito de leche fue olvidando quién era. Y dejó de maldecir la reencarnación.

Ocaso marciano

Después de tres días de silencio desde el centro de control de Beijing, por fin recibía la comunicación que ayer, como último recurso, había solicitado a uno de los satélites que la Coalición mantenía en la órbita terrestre. El proyector hologramático le mostraba los datos en el centro de su despacho. Las lecturas que el satélite proporcionaba no dejaban lugar a dudas de lo sucedido en la Tierra. La posibilidad de que quedara el más mínimo rastro de vida en el planeta era extremadamente escasa; la presencia de vida humana estaba absolutamente descartada.

El general Márquez, comandante en jefe de la misión Mayflower, giró sobre el sillón del despacho y contempló la superficie marciana a través de la pared de cristal.

El proyecto de terraformación de Marte marchaba mejor de lo previsto. La atmósfera contenía ya oxígeno

suficiente para permitir la vida de grandes mamíferos y la vida vegetal comenzaba a expandirse, ya sin ayuda humana, en amplias zonas del planeta. El único asentamiento humano era New Earth, la base utilizada por la Coalición para mantener al personal que realizaba los trabajos de terraformación alrededor del globo marciano.

Márquez seguía paralizado con la mirada perdida sobre New Earth. La situación ante la que se encontraba amenazaba con superarle. Pero si había llegado hasta aquí encontraría la forma de continuar. La misma presencia en aquel despacho de Patrick Márquez (o Pato, como le llamaban los suyos), hijo de un emigrante hondureño operario de una empresa de desratización y control de plagas, era la prueba evidente de su enorme capacidad de superación.

Los plazos previstos para la culminación de la misión Mayflower estaban aún lejanos. Pero quizás lo conseguido hasta ahora fuera suficiente para seguir adelante. Al fin y al cabo ya nadie vendría desde la Tierra. Los acuciantes problemas medioambientales que amenazaban la supervivencia de la especie y que impulsaron el desarrollo del proyecto marciano habían dejado de ser problemas de un plumazo. Y aunque tampoco vendría de la Tierra ningún tipo de recurso que facilitara las labores de terraformación, tal vez los recursos de los que ya disponían fueran suficientes para mantener New Earth.

La colonia contaba con proyectos agrícolas y ganaderos que hasta ahora habían abastecido a sus 353 habitantes, todos ellos trabajadores y trabajadoras de la misión, con la ayuda complementaria de los regulares envíos de víveres y otras mercancías desde la Tierra.

Pero Márquez lo empezaba a ver claro. Con esfuerzo y austeridad era posible. Posiblemente la especie humana tendría otra oportunidad. El planeta que la vio nacer y crecer hasta dominarlo había quedado reducido a cenizas, pero ahora tenían la posibilidad de intentarlo nuevamente. Un nuevo planeta, virgen e impoluto, estaba a su disposición para volver a intentarlo, para crecer una vez más, para conquistar todos sus rincones. Sí, volverían a hacerlo de nuevo. Volverían a hacerlo de nuevo. De nuevo...

El general Márquez activó el intercomunicador para hablar con la central de mando de New Earth. Ahora estaba todo muy claro en su mente. ‘Teniente, ponga inmediatamente en marcha el plan de evacuación urgente. Quiero a todo el personal embarcado en el Conqueror en menos de cinco horas’. Durante un instante sólo el silencio ocupó la línea. ‘Señor, ¿evacuación inmediata? ¿Se trata de un simulacro?’ ‘Teniente. Mark, esto es infor-

mación estrictamente confidencial: volvemos a casa. He recibido órdenes desde Beijing. La misión ha sido cancelada'. '¿Cancelada, señor?' 'En su debido momento le explicaré, pero ahora el tiempo apremia. Inicie el plan de evacuación'.

Márquez abandonó su sillón y volvió a observar New Earth mientras apoyaba las manos, y todo el peso de su cuerpo, sobre el cristal. Sobre su rostro, serio y compungido, se deslizó una única lágrima que llegó a su boca justo en el momento en que sus labios, inesperadamente, dibujaron una sonrisa. Recordó a su padre, el controlador de plagas. 'De tal palo, tal astilla', fue lo último que dijo antes de soltar una sonora carcajada.

ÍNDICE

Génesis. En el principio...	9
Calvario	17
Hormigas	21
Un susurro	25
Fuera de su escondite	31
El pensamiento	35
La espera	41
Indultado	47
El Artillero de Meco	51
JC	55
Perdedor vocacional	59
La banda de Möbius	63
Ocaso marciano	67

